

A la memoria de académicos fallecidos

FELIPE MENDOZA (1917-1989)

MANUEL CARDENAS*

Quiero, en primer lugar, agradecer a la Mesa Directiva de la Academia el honor que me ha conferido de recordar ante ustedes a mi querido maestro, el doctor Felipe Mendoza.

Tuve al privilegio de haber trabajado con él como médico residente y adjunto en sus servicios hospitalarios, como asociado en su cátedra universitaria, como su colaborador en la investigación clínica y sobre todo, disfrutar por muchos años de su amistad irrestricta, de su valioso consejo, de esa su "probidad intelectual" que le señaló el maestro Chávez. Puedo llamarme, con orgullo, su discípulo y su amigo.

No haré referencia a sus muchos logros académicos. Son tantos que sólo mencionarlos agotaría el tiempo de este homenaje. Baste decir que ellos lo llevaron a ser electo, prácticamente por unanimidad, presidente de esta Academia.

Aprovecharé la oportunidad para dejar constancia de qué fue lo que hizo posible que los obtuviera.

Ante el enfermo llegaba al diagnóstico partiendo de bases firmes, tras un estudio del paciente, minucioso, completo y lógico, sin pretender jamás deslumbrar con una conclusión brillante obtenida por la interpretación precipitada e insegura de un signo.

Transformaba el estudio clínico en una obra de arte, que pulía y arreglaba hasta que terminaba perfecta; podía así establecer la terapéutica adecuada para aliviar al enfermo, al que, además, entregaba el alma entera con bondad y comprensión, para hacerle más llevadero el sufrimiento. Del pronóstico, arma terrible en otras manos, hacía siempre un bálsamo para mitigar la pena de los dolientes.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 23 de agosto de 1989.

* Académico numerario. Instituto Nacional de Cardiología "Ignacio Chávez".

En la cátedra era sabia combinación del conocimiento clásico con la idea moderna; exponía con claridad, sencillez y elegancia la doctrina y miraba al futuro con alma de visionario que confía en el progreso de la medicina.

En la investigación era proverbial su acuciosidad en la revisión bibliográfica, la rigurosidad en el planteamiento del método, la objetividad en los resultados y la veracidad en sus conclusiones. Era el crítico más acerbo y el juez más severo de su obra.

Fueron sus trabajos sobre fiebre reumática y cardiopatía reumática, así como la planeación cuidadosa y completa, la dirección firme y generosa de un equipo de colaboradores, su labor tenaz y su entrega total cuando dirigió el Programa Experimental de Prevención del Fiebre Reumática, las bases firmes que han sostenido el descenso de la prevalencia y de la incidencia de ese temible azote en México y en el mundo. Este logro lo hará por siempre merecedor del bien de la patria y de la gratitud del pueblo y de la medicina de México.

En la Subdirección del Instituto Nacional de Cardiología, puesto que ocupó más de veinte años, con gran sacrificio personal en los últimos tiempos, dejó obra imborrable de servicio en la asistencia médica al necesitado, que es una de las características de la Institución.

Fue, pues, un médico excepcional y un verdadero Maestro, de aquellos que no sólo lucen sus conocimientos sino de los que los transmiten y crean escuela entre sus discípulos.

Con ser esto mucho y excepcional no fue todo. Tenía, como lo señaló nuestro común y querido maestro Salvador Aceves, "la cualidad substantiva de ser hombre. Frente a esta suprema categoría de hombre ¿qué puede significar un currículo profesional brillante?"

Hombre con un gran respeto por sí mismo, fue esposo

y padre ejemplar. Su hogar no era, sin embargo, una torre de marfil; muchas veces lo sacrificó y salió de él cuando la tormenta rugía y en medio de ella, con el pecho descubierto, luchó por toda causa que consideró noble, buena o justa.

En esa lucha, muchas veces mortificó su espíritu sensible; en ella olvidó bien fundadas ilusiones, aspiraciones legítimas y caros deseos para conservar la autoestima y la dignidad personal.

Por cumplir con lo que consideraba su deber, hacía a un lado sentimientos y emociones muy hondas, afectos muy profundos, aunque quedara con el alma destrozada.

Cuando la tragedia se cernía sobre él, sabía conservar la calma y el equilibrio y con sobriedad estoica rechazaba la desesperación para seguir su camino con su sonrisa triste y la fortaleza de los seres superiores.

Y cuando, humano al fin, cometía errores, los reconocía con humildad y modestia ejemplares, humildad y

modestia firmes y serenas, que no eran producto de timidez, ni debilidad de carácter, sino reflejo de su recia personalidad y con las que daba generosamente a cada uno de los que lo rodeaban más de la seguridad y de la dignidad que merecían.

Representó para nosotros, sus discípulos, el ejemplo vivo del ideal; su vida fue el camino por seguir; sus logros las metas por alcanzar.

Quiero terminar con sus propias palabras, las que dijo en ocasión de la muerte del maestro Ignacio Chávez:

Maestro egregio, nuestro homenaje valdrá sólo en la medida que selle un compromiso de seguir oyendo sus palabras, movernos con impulso fecundo y dar lo mejor de lo mejor de nosotros mismos para conservar y engrandecer el patrimonio que hoy nos deja. ¡Maestro infatigable, descanse en paz!

